

# La lechuza

Ser la hija menor fue mi derecho de nacimiento. Por ser la «chiquita» de la familia, durante diecisiete años maravillosos tanto mis padres como mi hermana mayor me mimaron y consintieron. Además, mi excesiva sensibilidad hacía que me creyeran más vulnerable de lo que en realidad soy y, por eso, cedían ante todas mis pretensiones, dignas de un gatito siamés.

Estuve muy cómoda en mi condición de hija segunda y última, hasta que, sorpresivamente, me dieron el «alegre» anuncio de que tendría un hermanito.

Mientras el bebé se gestaba, los celos me carcomían. Alguien estaba a punto de usurpar mis privilegios. Tanto me había acostumbrado al título de hija menor que, ingenuamente, había creído que lo mantendría de por vida. El día del nacimiento pusieron un muñequito rubio entre mis brazos y me dijeron que era mi hermanito. ¡Ay! Cuánto me dolió oír el diminutivo. Tuve tiempo de entregarle el bebé a papá antes de tambalearme a causa de un mareo. Según el médico que me revisó, mi desmayo había sido una simple lipotimia a causa de la emoción por el nacimiento. Yo le hubiera dado otro nombre a mi malestar.

En un primer momento ni siquiera sabía alzar al bebé. Me parecía tan frágil que temía lastimarlo. Con el tiempo aprendí a darle la mamadera y a cambiarle los pañales. Sin embargo, aún no sentía el vínculo fraternal. Lo que me inspiraba mi hermanito se parecía más bien al primer grito —bastante apagado, en verdad— de mi instinto maternal.

Cuando él tenía seis meses yo dejé la familia y la ciudad, para venir a la Capital, a vivir con mi hermana mayor. Nosotras íbamos al interior de visita sólo tres veces al año, por lo que mi hermanito bien podría habernos olvidado. Pero no fue así. Aunque no entendía muy bien quiénes éramos, nos reconocía como las chicas que llegaban apuradas, hablando y

riendo a los gritos, y pretendían contar todas las novedades de los meses anteriores en cinco minutos.

A medida que iba creciendo, mi hermanito se volvía más hermoso y terrible. De tanto mimarlo, lo estaban volviendo insoportable.

Un día, cuando él ya tenía poco más de dos años, tuvimos nuestra primera tarde a solas. Recién entonces nos vimos forzados a reconocer la presencia del otro. Durante un buen rato nos observamos mutuamente sin disimulo. Él era lindísimo. Una mujer a la que le gustasen los chicos hubiera quedado de inmediato subyugada por ese hombrecito de cara seria y triste. Pero ni aun su mejor sonrisa bastaba para conquistarme a mí.

Una vez que me inspeccionó de arriba abajo, quiso iniciar un diálogo. Yo, desacostumbrada a oír su media lengua, no entendí ni la mitad de lo que me dijo. Para que se callara, le canté «la canción de la lechuza» y quedó encantado por los *shhh*.

Cuando terminé, me pidió que le contase «el cuento de la lechuza». Seguramente —pensé— él no iba a distinguir una canción de un cuento y, en realidad, quería que cantase de nuevo, pero yo deduje que un cuento sería el medio ideal para entretenerlo. Así que, sin mucho reflexionar, di comienzo a mi relato.

La lechuza vivía en el bosque, junto con los otros animalitos. El león, el tigre, las ovejas, los elefantes y los pajaritos (sólo me era posible nombrarlos a éstos: es necesario adecuarse a la «enciclopedia del oyente») eran amigos entre ellos, pero se llevaban muy mal con la lechuza.



Ella tenía horarios distintos a los de los demás animales: dormía durante el día y a la noche estaba despierta, vigilando. El problema era que, cuando ella quería dormir, o sea, de día, los otros animales estaban jugando y hacían mucho ruido. Ella los chistaba y procuraba callarlos con sus *shhhh*, pero sin éxito. Le respondían los rugidos del león y del tigre, el canto de los pajaritos y los aullidos de los lobos (a medida que iban nombrando a cada uno, hacía la correspondiente imitación). La lechuza estaba muy nerviosa, con los ojos graaandes, hinchados por no poder dormir (y él, en vano, intentó agrandar sus ojos rasgados, «tan chiquitos como puñalada en tarro»).

Después de meses sin poder descansar, la lechuza decidió irse lejos, a algún lugar donde pudiese vivir según *sus* horarios. Cargó en un bolsito coca cola, queso y salsa Golf (no estoy loca: la alimentación tan sui generis de la lechuza se corresponde con los gustos de mi hermanito) y se fue a un lugar desierto, donde no había ningún otro animal. Pensó que entonces sí iba a poder vivir según su ritmo, ya que nadie la iba a molestar. Sin embargo, tampoco ese día pudo dormirse. No podía dejar de pensar en los animalitos del bosque. Extrañaba sus cantos, rugidos y aullidos. (Nueva imitación). Así, se dio cuenta de que prefería estar con ellos, antes que sola. Volvió al bosque y todos se alegraron de verla de nuevo. Y a partir de ese día, todos se llevaron mejor.

En el medio del cuento mi hermanito se había trepado a mi falda. Estaba inmóvil, pendiente de cada una de mis palabras. Se notaba que la historia lo había impresionado. Además, acababa de descubrir, tal vez por primera vez, lo entretenida que podía ser su hermana. Yo, por mi parte, me sentía ridículamente orgullosa de haber conseguido la admiración de mi hermanito. Incluso pensé que, ya que se había entusiasmado tanto con el cuento, seguramente sería, cuando creciera, un amante de la literatura.

De pronto habíamos encontrado una afinidad entre ambos. El amor por las palabras no sólo reúne a la gente, sino que también la hermana.

Y por primera vez pude sentir el vínculo de la sangre.

